

Las medidas de Isabel se señalaban por aquel buen juicio práctico, sin el cual los talentos mas brillantes pueden producir mas males que bienes al género humano. Aunque empeñada durante toda su vida en reformas, no cometió ninguno de los desaciertos que son tan comunes en los reformadores; sus planes, aunque vastos, nunca fueron visionarios: prueba de ello es que vio realizados la mayor parte durante su vida.

Era muy discreta en conocer los objetos que habian de producir utilidad positiva: desde el primer instante en que se anunció el descubrimiento de la imprenta, conoció su importancia y le dispuso su liberal proteccion. No tuvo ninguna de las preocupaciones exclusivas y locales tan comunes en sus compatriotas; fué á buscar el mérito y el talento á los puntos mas distantes de sus dominios, concediéndole generosas recompensas; trajo de otras partes á su país artesanos para sus fábricas; ingenieros y oficiales para la disciplina y adelanto de su ejército, y aun literatos extranjeros, para infundir en sus belicosos súbditos aficiones mas cultas. En todas sus medidas de un órden inferior atendia siempre á lo útil: así, por ejemplo, en las leyes suntuarias combatió principalmente las modas y excesos en los trages, y la ruinosa ostentacion á que tan propensos eran los castellanos en sus bodas y funerales. Finalmente, manifestó el mismo buen juicio en la eleccion de sus agentes, persuadida de que las mejores medidas se convierten en malas confiadas á manos incapaces.

Mas aunque la acertada eleccion de sus agentes fué una de las causas principales del buen éxito de los planes de Isabel, era otra mas importante su propia vigilancia é incansable actividad. En los primeros años de su reinado, tan ocupados y turbulentos, esta solicitud llegó á un punto que parece increíble: "casi de continuo á caballo, porque hacia de esta manera todos sus viajes, caminaba con tal rapidez, que siempre se la veia en el lugar donde era mas necesaria su presencia; jamas la detuvo ni el temporal, ni el estado de su propia salud, y estos incesantes trabajos contribuyeron mucho indudablemente á destruir su buena constitucion."

Era asimismo infatigable en las ocupaciones mentales: despues de haber prestado asidua atencion á los negocios durante todo el dia, se la veia muchas veces estar despachando toda la noche, y aun le quedaba tiempo para reparar los defectos de la educacion de sus primeros años aprendiendo el latin, hasta el punto de entenderle sin dificultad por escrito y de palabra, y aun de llegar á adquirir, segun el dictámen de un juez competente, ciertos conocimientos críticos en esta materia. Como tenia poca aficion á las diversiones frívolas, procuraba descansar dedicándose á alguna de las ocupaciones útiles propias de su secso, y dió muchas pruebas de su habilidad en este ramo con las ricas prendas de bordados hechos por sus manos que regaló á las iglesias. Tuvo tambien cuidado de instruir á sus hijas en estas humildes labores, propias de su secso, porque no creia deshonoroso aprender cualquier cosa que pudiera ser útil.

Mas con todas sus altas cualidades, Isabel no habria podido llegar al complemento de sus grandiosos designios si no hubiera poseido un grado de fortaleza raro en uno y otro secso. No solo tenia aquel valor que consiste en el desprecio de los peligros personales, aunque de este estuvo dotada en mas alto grado que muchos hombres; no solo el que da fortaleza para sufrir el extremo de los dolores corporales, aunque de este dió tambien muchas pruebas soportando los mayores padecimientos propios de su secso sin exhalar un quejido, sino aquel valor y fortaleza moral con que el ánimo se sostiene en los terribles momentos de desgracia, y sacando fuerzas de sí propio desvanece la grandeza de los peligros y comunica su segura influencia á todo lo que le rodea. Esto se vió bien claramente en los turbulentos sucesos de que estuvo acompañada su escaltacion al trono, así como durante toda la guerra de los moros; su voz fué la que decidió á no abandonar jamas á Alhama; sus consejos y representaciones obligaron al rey y á los nobles á volver á campaña despues de haberse retirado sin alcanzar fruto alguno. A medida que las dificultades y peligros se aumentaban, la reina multiplicaba sus recursos para hacerles frente. Cuando sus soldados desfallecian bajo las penalidades de algun sitio prolongado, Isabel se presentaba en medio del ejército montada en su caballo de batalla y cubiertos sus delicados brazos con la cota de malla de los caballeros, y en esta forma recorria las filas, y con su valor infundia nuevo aliento en el corazon de los soldados. Cierto es que á sus esfuerzos personales, así como á sus consejos, se debe atribuir principalmente el triunfo conseguido en aquella gloriosa guerra; y el testimonio nada sospechoso del ministro veneciano Navagiero, que estuvo en aquel país algunos años despues, prueba que la nacion así lo consideraba. "La reina Isabel, dice, con su genio extraordinario, con su varonil fortaleza y otras virtudes, muy raras en nuestro secso y aun mas en el suyo, no solo fué gran parte, sino la causa principal de la conquista de Granada; era indudablemente señora muy extraordinaria y virtuosa, y los españoles hablan aun de su reina con mas respeto que del rey; por mas prudente y extraordinario que fuera este para su tiempo."

Felizmente estas cualidades varoniles no extinguian en Isabel las mas dulces que constituyen el encanto de su secso: su corazon estaba lleno de afectuosos sentimientos para con su familia y sus amigos; cuidó de los últimos años de su anciana madre, y la asistió en sus tristes enfermedades con toda la delicadeza y ternura filial; hemos visto abundantes pruebas del apasionado amor que profesó á su marido hasta el último instante de su vida, aunque este amor no fuera siempre fielmente correspondido; vivió mas para sus hijos que para sí misma; y por último, se puede decir que murió por ellos, porque la pérdida de sus hijos y sus aficciones, y no la edad, le quitaron la vida. Su elevada posicion no la hacia insensible á los afectos y sentimientos de la amistad: olvidando las distinciones

de su clase, tomaba parte en las felicidades y contratiempos de sus amigos, visitándolos y consolándolos cuando habian sufrido alguna desgracia ó cuando se hallaban enfermos, y aceptando en mas de un caso el cargo de ejecutora testamentaria. Su corazon estaba ciertamente lleno de amor y benevolencia por los demas. En medio del ardor de la guerra, su espíritu se ocupaba en discurrir algun medio para mitigar sus horrores. Dicese que fué la primera que introdujo la benéfica institucion de los hospitales de campaña, y ya hemos visto mas de una vez su viva solicitud por economizar la efusion de sangre de sus mismos enemigos; pero no hay necesidad de multiplicar ejemplos de este brillante rasgo de su carácter, porque son muy comunes en toda su vida.

En estas cualidades apacibles de su secso es en lo que mas resalta la superioridad de Isabel de Castilla sobre la ilustre reina de su mismo nombre, Isabel de Inglaterra, cuya historia presenta algunos puntos de semejanza con la suya. Ambas pasaron los primeros años de su vida en la terrible escuela de la adversidad; las dos tuvieron que sufrir las mayores humillaciones de parte de sus mas próximos deudos, que debian haberlas amado y protegido; ambas consiguieron sentarse en el trono despues de las vicisitudes mas contrarias; y una y otra condujeron su reino, durante un reinado largo y glorioso, á un grado de prosperidad á que jamas habia llegado. Entrambas espermentaron en vida la vanidad de todas las grandezas de la tierra, y fueron víctimas de una tristeza inconsolable, y las dos dejaron un nombre ilustre que no ha tenido igual en la historia posterior de sus respectivos países.

Pero fuera de estas pocas circunstancias de su historia, no se encuentra ya semejanza entre una y otra; apenas hay en sus caracteres ningun punto de contacto. Isabel de Inglaterra, habiendo heredado gran parte del genio orgulloso y brusco del rey Enrique, era altiva, arrogante, adusta é irascible, y á estas fieras cualidades añadia profundo disimulo y extrema irresolucion. Isabel de Castilla, por el contrario, templaba la dignidad de su categoría de reina con los modales mas apacibles y cortesés: una vez resuelta era constante en sus propósitos, y su conducta pública y privada llevaba el sello del candor y de la honradez. Ambas puede decirse que manifestaron una magnanimidad acreditada por haber realizado grandes cosas venciendo los mayores obstáculos; pero Isabel de Inglaterra era en extremo egoista, incapaz de olvidar, no solo una injuria verdadera, sino aun la mas ligera ofensa á su vanidad, y en su corazon no tenia entrada la clemencia. Isabel de Castilla, al contrario, solo vivia para los demas, dispuesta siempre á sacrificarse por el bien público; y lejos de alimentar resentimientos personales, manifestaba la mayor bondad á aquellos mismos que la habian injuriado en lo mas vivo, al propio tiempo que su benévolo corazon, buscaba toda especie de medios para mitigar la severidad autorizada por las leyes aun con los culpables.

Ambas estaban dotadas de extraordinaria fortaleza. Isabel de Castilla se halló á la verdad en situaciones que escigian el ejercicio de esta virtud con mas frecuencia y en mas alto grado que su rival; pero nadie dudará tampoco que poseia en grado heróico esta cualidad la hija de Enrique VII. Isabel de Inglaterra logró mejor educacion y una instruccion mas elevada que Isabel de Castilla; pero esta tenia el saber suficiente para desempeñar con dignidad su alto cargo, y protegió las letras con munificencia. El genio y pasiones varoniles de la de Inglaterra parece que la hacian estraña á las prendas peculiares de su secso, ó al menos á las que constituyen su encanto, porque no estuvo libre de gran parte de sus flaquezas, como de una presuncion y deseo de ser admirada, que ni aun los años pudieron corregir; de una ligereza muy libre, si ya no culpable, y de tal pasion por las galas é inoportuna magnificencia en los adornos, que era ridícula y aun repugnante, segun los diferentes períodos de su vida en que se entregó á ella. La de Castilla, lejos de esto, se distinguió en toda su vida por el decoro de sus modales y por una pureza que ni aun la calumnia pudo empañar, contenta siempre con el legítimo afecto que pudiera inspirar dentro del círculo de su familia. Bien lejos de que usara de ninguna afectacion frívola en los trages ni en los adornos, iba siempre con la mayor sencillez, y parecia que no daba valor alguno á sus joyas sino en cuanto podian servir para las necesidades del estado, pues cuando eran útiles para esto las daba con facilidad, segun hemos visto, á sus amigas.

Ambas fueron extraordinariamente prudentes en la eleccion de sus ministros, aunque la de Inglaterra incurrió en algunos errores en este particular por su ligereza, así como Isabel de Castilla por sus sentimientos religiosos. Estos precisamente fueron los que, reunidos con su escesiva humildad, condujeron á la última á los únicos desaciertos graves que se encuentran en su gobierno. Su rival no incurrió en tales defectos, y estaba muy distante de poseer las apreciables cualidades que conducen á ellos; la conducta de esta no era regida ni dirigida por los principios religiosos, y aunque fué muralla de la religion protestante, seria difícil decir si en el corazon era mas ni menos protestante que católica: miraba la religion en sus relaciones con el estado, ó en otros términos consigo misma, y adoptó medidas para obligar á conformarse con sus planes, poco menos despóticas y casi tan crueles como las que dictó por motivos de conciencia su mas supersticiosa rival.

Este rasgo de supersticion, que ha cubierto como de cierta sombra el carácter de Isabel, por lo demas hermoso y sin mancha, podria dar lugar á que se la considerase como inferior en talento á la reina de Inglaterra; pero para juzgar con exactitud acerca de este punto, debemos considerar los bienes producidos por sus respectivos reinados. Isabel de Inglaterra encontró á mano todos los medios de hacer la felicidad, y se aprovechó de ellos hábilmente para construir con solidez el edificio de

la grandeza nacional. La de Castilla creó estos medios; halló las facultades de sus pueblos sumidas en mortal letargo, y les infundió el aliento de vida para hacerles acometer aquellas empresas grandes y heroicas que terminaron con las consecuencias mas gloriosas para la monarquía. Cuando los grandes hechos de su reinado se ven desde el punto de vista de la posición que ocupaba Isabel en sus principios, son tales, que aparecen poco menos que milagrosos. También se debe tener presente que el genio varonil de la reina inglesa resalta mas de lo que naturalmente era, por lo mismo que estaba tan desprovista de las cualidades dulces de su sexo; al paso que el de su rival, á manera de una fábrica grande, pero bien proporcionada, pierde en apariencia algo de su verdadera grandeza por la misma armonía de sus partes.

Las circunstancias de la muerte de una y otra, que fueron algun tanto iguales, presentaron la gran diferencia de sus caracteres. Las dos sucumbieron en medio de su régio estado, bajo el peso de un abatimiento incurable, mas bien que á la fuerza de ninguna enfermedad física conocida. En Isabel de Inglaterra procedía este de su vanidad, herida del convencimiento profundo de que la habia abandonado la admiración con que por tanto tiempo se alimentara, y aun el afecto de la amistad y la adhesión de sus súbditos; y no buscó el consuelo donde únicamente podia encontrarlo en aquella triste hora. Isabel de Castilla, por el contrario, desfalleció bajo el dolor de su tierna sensibilidad por los padecimientos de los demas; y en medio de la tristeza que la agobiaba, volvía los ojos con la confianza de la fe al brillante porvenir de otra vida mejor, y exhaló el último suspiro en medio de las lágrimas y lamentos universales de sus pueblos.

En esta adhesión, siempre viva y nunca disimulada de sus súbditos, es en lo que vemos la prueba mas inequívoca de las virtudes de Isabel. Si solo atendiéramos á los tiempos sucesivos, en que algunas de sus medidas mas desacertadas han hallado favor en España y se han perpetuado, mientras que las mas ventajosas han sido olvidadas, podríamos juzgar equivocadamente acerca de su verdadero mérito. Para formarnos exacta idea, debemos atender al testimonio de sus contemporáneos, testigos oculares de la situación en que halló el Estado y en que le dejó; y no encontraremos sino una sola opinión acerca de ella, así en los naturales como en los extranjeros. En efecto, los escritores franceses y los italianos concurren unánimes á celebrar las glorias de su reinado y su magnanimidad, su sabiduría y la pureza de su carácter: sus súbditos la ensalzan, "como el ejemplo mas brillante de todas las virtudes, y lloran el día de su muerte, como el último de la prosperidad y felicidad de su patria;" los que estuvieron cerca de su persona, no cesan de manifestar su admiración por aquellas amables cualidades, cuyo poder no se revela completamente mas que á los que están en la franca intimidad de la vida privada. El juicio de la posteridad ha venido á ratificar el de los contemporáneos, porque los españoles mas ilustrados de nuestros tiempos, aunque no se les oculten los errores del gobierno de Isabel, y sean mas capaces de apreciar su mérito que los de otras épocas menos cultas, dan honroso testimonio de sus virtudes; y al paso que olvidan la elogiada grandeza de otros reyes posteriores, en que suele fijarse la atención vulgar, hablan siempre con entusiasmo del carácter de Isabel, considerándole como mas grande que el de todos los otros reyes de su patria."

(PRESCOTT. *Hist. de los R. C.*)

LIBRO QUINTO.

INTRODUCCION.

(1) لا تكتبون فإلله كقول
(Sentencia árabe.)

¡Escrito estaba así! Dios en su mano
Tiene los corazones de los reyes,
Y sus profundos cálculos políticos
La voluntad de Dios acota siempre.
Esa nación, que poderosa nace
De las ruinas de aquella que perece,
Al mandato de Dios brota y se encumbra
Y en alas solo de su aliento viene.
Los pueblos y las razas se renuevan,
Devorando el que nace el que fenece,
Como en la inundación bajo las aguas
Se renueva el país que se sumerge.
La gloria y el poder de las naciones
Nace, se eleva y cae, cual se suceden
Las semillas y frutos de la tierra,
Hijas de la estación que les da germen.
El invierno corona las montañas
Con blancas tocas de apretada nieve,
Y el aire de sus copos infecundos
La lluvia estrahe para regar las mieses.
Cuna y sepulcro al par de cuanto en ella
Vegeta y se consume, nace y muere,
Fúnebre ¡adios! ó alegre bienvenida
Da la tierra á quien parte y á quien viene;
Y lo mismo que el manto se descíene
De vida y flores en que Abril la envuelve,
Se despoja insensible de sus pueblos,
Y sus razas olvida indiferente.
Así han nacido y perecido todos
Bajo esta ley universal, y quieren
Explicar los políticos en vano
Los misterios del tiempo y de la muerte.
Mane, Tézél, Farés, escribió el dedo
De Dios de su palacio en las paredes,
Y se hundió Baltasar y Babilonia:
Y así se hunden los pueblos y los reyes.

En vano achaca el sabio á su política
El viento que á su ruina les impele:
Al pueblo que á su fin mísero toca
Su propio peso hácia su fin le vence:
Y el rey que nace de su raza el último,
Por mucho que afanoso se desvele
Por la preza y la gloria de sus pueblos,
Al fin sus pueblos y su gloria pierde.
Nínive así, Jerusalem y Roma
Fueron: y así las razas del oriente
Que encantaron los valles de Granada
Fueron: sombra de sauce, inquieta y breve,
Aroma de jazmin que dura un día,
Humo de mirra que borró el ambiente,
Nube formada del vapor del alba
Que á los rayos del sol se desvanece.
Tal fué Granada: y al dejar sus muros,
Filósofa ó fanática su gente
"¡Escrito estaba así! dijo partiendo,
¡Alahú-akbar! ¡Dios grande, tú lo quieres!"
Y yo, que al relatar su última historia,
En empolvados libros y papeles
Roidos por el tiempo, voy sus hechos
Al olvido robando, siento á veces
Preñármese los párpados de lágrimas,
Viendo la abnegación de aquellos seres
Que al Africa partieron resignados,
Mas que á su patria á su creencia fieles;
Y cuando leo los cristianos libros
Que les tratan de bárbaros y alevos,
Digo en mi corazón: "Escrito estaba:
¡Alahú-akbar! ¡Dios grande, tú lo quieres!"
Mas volviendo á tomar mi torpe pluma,
Y tornando á elevar mi canto débil,
Torno al relato de su antigua historia
Y vuelvo de Granada á los vergeles.

(1) No te desconsueles: lo que está determinado por Dios tiene que suceder.